

PICCOLOMINI Y LA REPETICIÓN DE AMORES

BIENVENIDO MORROS

Universidad Autónoma de Barcelona

La crítica ha venido señalando en las últimas décadas las diferentes fuentes de las que se nutre Luis de Lucena para su *Repetición de amores*, un arte de amor de carácter burlesco, y ha destacado como parte importante de su estructura la yuxtaposición de «fragmentos tomados de aquí y de allá sin el menor engarce razonable»¹. Lucena toma como punto de partida una experiencia amorosa pseudo-autobiográfica, basada literalmente en la *Historia de duobus amantibus* de Eneas Silvio Piccolomini, desde la descripción de la amada a la reacción de ésta al recibir la visita de una vieja alcahueta². A diferencia de Euríalo, Lucena abandona en seguida el asedio de la señora de la que se había enamorado para «sanar del dolor que Cupido, desarmando su arco, me causó

¹ La observación es de Pedro M. Cátedra, formulada en su libro *Amor y pedagogía en la Edad Media*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1989, pág. 127, n. 269; su autor, además, estudia la obra en relación al género universitario, la *repetitio*, que cultiva y contrahace.

² Ya Barbara Matulka, «An Anti-Feminist Treatise of Fifteenth-Century Spain: Lucena's *Repetición de amores*», *Romanic Review*, 22, 1931, págs. 99-116, señaló la clara influencia de la *Historia de duobus amantibus* sobre la sección pseudo-autobiográfica de la *Repetición*. Es posible, sin embargo, que Lucena ampliara el uso de esa obra a otras partes de la suya, y así no sería extraordinaria que tomara de ella algún ejemplo para ilustrar el poder del amor. A ese propósito, menciona el caso de Hércules, en un contexto quizá más similar que el del *Breviloquio de amor y amicitia* del Tostado: «E así como a los hombres de qualquiera edad hiere Cupido, así de qualquiera dignidad e estado sean los subjuzga a hazer aquello que a ellos no conviene y está mal a su dignidad. Ansí lo dize ende Séneca, hablando de Hércules [...] En quanto dize Hércules, hijo de Almena, por mandado de Yoles, su amiga, obedeciendo en esto a las fuerzas de Cupido, dexó las saetas e arco, desnudó las sus corazas, que eran una entera piel de fiero león, sufriendo que le pusiesen anillos con piedras en los dedos e le pusiesen en orden como a doncella los sus gruesos e yertos cabellos; e estrechó sus pies con zuecos de muger, e con aquella mano con la qual asta entonze moviera el hacha de armas, movió el huso hilando» (129). Piccolomini, tras evocar la idea de que amor no hace distinción de ninguna clase, saca a colación el mismo episodio narrado por Séneca: «Diis equa potestas est Cesaris. Non est verum quod vulgo dicitur: non bene conveniunt nec in una ssede morantur maiestas et amor [...] Herculem dicunt qui fuit fortissimus et certa deorum soboles, pharetris et leonis spolio positus, colum suscepisse passumque aptari digitis smaragdos et dari legem rudibus capillis et manu, que clavam gestare solebat, properante fuso duxisse fila» (46).

con su flecha» (pp. 108-109). Después de recordar los ejemplos de varones ilustres, tanto de la Biblia como de la mitología clásica, que se dejaron engañar por mujeres, pasa a abordar la simbología de Cupido, y si para los primeros se ha basado en el *Tratado de cómo al hombre es necesario amar* del pseudo-Tostado, para la segunda, en cambio, ha utilizado *Las diez cuestiones vulgares* del Tostado³. Dedicó un último apartado a los remedios para vencer una fuerza que no depende de los astros sino de una elección personal: «Y a los que están encendidos en ellas, yo les ruego no les pese huir los remedios que para apartarse aquí entiendo escribir» (133). Para ese capítulo ha mezclado reminiscencias de la famosa sátira VI de Juvenal con la traducción castellana del *De casibus* de Boccaccio⁴, pero, además, ha incluido íntegra la carta que Piccolomini dirige a Hipólito de Milán, conocida como *Remedia amoris*, y publicada como apéndice o epílogo de la *Historia*. A su vez inicia y acaba la sección, casi siempre mostrando una absoluta fidelidad a su modelo, hasta el punto de cambiar de interlocutor: si comienza dirigiéndose a unas «señoras», en ocasiones apela a una segunda persona de sexo masculino y de edad avanzada, como si estuviera pensando en Hipólito de Milán.

Al igual que el futuro Papa Pío II, Lucena define el amor como una enfermedad de carácter mental, y respalda sus ideas utilizando las mismas autoridades, salvo la de Virgilio, a quien no aduce o porque no le interesaba su cita o porque en su modelo se había suprimido por un salto de igual a igual, de «Apud» a «Amor»⁵:

Nempe egrotus est, mi Ipolite, omnis, qui amat, ac nedum egrotus sed mente etiam captus atque insanus et amens. De amore inquam illicito. Nam deum colere et amare parentes, uxorem et liberos, virtutis est non vitii, sanitatisque non egritudinis. Ac tu amorem illicitum sequeris. Quid tu esse amorem, de quo iam loquimur, credis? Veteres putaverunt, illum ex Venere Vulcanoque natum puerum

Por cierto, toda persona que es enamorada de amor ilícito, no solamente es enferma, mas aun agena de seso, loca y desvariada. Que amar a Dios, a su padre y madre, muger e hijos, virtud es y no vicio; salud es, y no enfermedad. ¿Qué piensas que es el amor de que hablamos? Los antiguos dixerón ser aquél un niño de Vulcano y Venus nacido, ciego y con alas y con saetas en las manos, con las

³ D. W. McPheeters, «Influencias del Tostado en Salamanca a fines del siglo XV», en *Actas del VII Congreso Internacional de Hispanistas*, Roma, Bulzoni, 1982, págs. 1091-1092, se percata de que Lucena no se inspiró para la iconografía de Cupido en la *Sátira de felice e infelice vita* del Condestable de Portugal, sino en las *Diez cuestiones* del Tostado a zaga de la *Genealogiae deorum gentilium* de Boccaccio.

⁴ B. Busell Thompson, «Another source for Lucena's *Repetición de amores*», *Hispanic Review*, XLV, 1977, págs. 337-345, demostró cómo Lucena no se molestó en traducir el texto de Boccaccio, sino que se aprovechó de la versión castellana de Pero López Ayala.

⁵ Para el texto de Piccolomini, he seguido la edición de María Luisa Doglio, *Storia di due amanti e Rimedio d'amore*, Turín, UTET, 1973, mientras para el de Lucena he seguido la de Miguel M. García Bernejo, reproducido en Pedro M. Cátedra, coord., *Tratados de amor en el entorno de «Celestina» (Siglos XV-XVI)*, Madrid, España Nuevo Milenio, 2001, págs. 95-160.

alatam, cecum, sagittam in manibus habentem, quibus, viros et mulieres feriens, ardorem dilectionis infunderet. Apud Virgilium legimus: 'nunc scio quid sit amor duris in cotibus illum, Ismaros aut Rodope aut extremi Garamantes nec generis nostri puerum nec sanguinis edunt. Sed error hic mortalis populi fuit, qui veritatem attingere non potuit. Amor, ut in tragediis inquit Seneca, nihil est aliud nisi vis quedam magna mentis blandusque animi calor, qui iuvene gignitur luxu, otio et inter leta fortune bona nutritur (pp. 132-134).

quales a los hombres y mugeres heriendo, les infundíe de tal amor un ardor. Amor, como dize Séneca en sus tragedias, no es otra cosa sino una gran fuerza del pensamiento y un blando calor del ánimo que se cría en los mozos por lujuria y ocio y grande abundancia de bienes (134).

Tras una definición del amor en octoslabos, retoma el texto de Piccolomini allí donde lo había dejado, y sólo prescinde de frases cortas para conferirle a su prosa cierta continuidad, en la que además introduce alguna *expositio*. No sólo vuelve a insistir en la idea del amor como una enfermedad, sino como un tipo de alienación capaz de anular la identidad propia:

Hic mentem hominis eripit, iudicium omne pervertit, sensum habebat, animum extinguit. Namque cum mulierem diligis, non in te sed in illa vivis. Quid igitur peius est quam viventem non vivere? Quam sensum habentem non sentire? Quam oculis predictum non videre? Equidem, qui amat, in alium mutatur virum nec loquitur nec facit, que ante solebat. Hinc Parmeno apud Terentium: 'dii boni, quid hoc morbi est? Adeo homines mutarier ex amore, ut non cognoscas eundem esse?'. Putat comicus, morbum esse amorem nec male putat. Nam et apud Macrobius luxuriam, que vel mater amoris est vel filia, terribilissimi morbi partem Hippocras esse dicit. Hic morbus plerumque iuvenes aggreditur, sed viros quoque senesque vexat, tantoque periculosior et risu dignior est, quanto persona, que capta est, etate aut scientia censetur prestantior (134).

Aquéste el entendimiento del hombre arrebatada y destruye todo juicio, embota el seso, amata el ánimo, quita la fuerza y abrevia la vida. Por cierto, quando a la muger amas, no en tí quanto en ella vives. ¿Qué cosa es peor que, viviendo, no bivar y, teniendo sentimiento, no sentir? Sin dubda, el que ama en otro hombre se muda; que ni habla, ni haze aquello que antes solfa. Donde Pármeno en el Terencio dezía: 'O dios, ¿y qué enfermedad es aquésta, que así a los hombres por amores se muden, que ninguno conosca ser aquellos que antes quienquiera conosca?'. De guisa que llamó al amor enfermedad. Macrobio dezía que la lujuria era madre del amor o hija de alguna espantable enfermedad. Ipcrás dize aquesta enfermedad por la mayor parte reina en los mozos, pero así a ellos como a los viejos fatiga; y tanto es más peligrosa y aun digna de escarnio quanto la persona enamorada es en edad o en ciencia más noble (134-135).

En un pasaje en que su modelo se dirige a su interlocutor, para convencerle de que si se ha dejado atrapar por amor significa que está enfermo, y de que si está enfermo debe esforzarse por recuperar la salud, Lucena apela a un destinatario mucho más genérico para hacer otro tanto: «Cum ergo, Ipolite, captus sis amorieque servias, scias te morbosum esse. Si morbosus es, liberari stude»

se transforma en «Assí que quienquiera que al tal amor sirva, sepa que está enfermo y procure sanar». Asimismo zurce varias frases de su modelo, a fin de evitar la reiteración, o también gusta más de la subordinación que de la coordinación, pero, al margen de esos cambios, sigue mostrándose fiel a su fuente:

Nam quis morbum patitur, qui curari non velit? Sane, ut morbus gravior est, acerbior, periculosior, eo morbosus maior est de sanitate cura. Tua infirmitas magna est, sit et cure diligentia magna [...] solus tuus animus in amica est. Illam amas, illam promoves, illam somnias, de illa cogitas, de illa loqueris, de illa suspiras, nihil agis, quin memoriam eius habeas. En stultitiam, amentiam morbumque terribilissimum. An non est petenda cura? Quis non sanari hoc morbo velit? (134-136).

Dezime, ¿quién padesce enfermedad que guarescer no quiera? Por cierto, quando la dolencia es más grave, más fuerte y peligrosa, tanto mayor ha de ser la diligencia y cuidado de sanar de ella. Luego quien tiene puesto el ánimo totalmente en su amiga, no amando otra cosa, ni soñando, ni pensando, ni hablando sino della, con dos mil suspiros, ni poder hazer otra cosa que luego allí no se te venga a la memoria, ¿párescete que éste tal tiene enfermedad y locura de que deva querer sanar? (135).

Al abordar directamente los remedios para combatir semejante enfermedad, recupera el hilo de la epístola de Piccolomini, y así empieza por la mención de las obligaciones de todo cristiano para con Dios, especialmente comprometedoras a la luz de los sacrificios que su Hijo llevó a cabo por nosotros en la tierra. En este punto también prefiere ser un poco más conciso que su modelo, aunque al final añade una oración a partir del adjetivo que emplea el autor italiano en la anterior: traduce «qui tanta pro te fecerit, propter vilem relinquere mulierculam» por «a quien tantas cosas por nosotros hizo por una muger averlo assí de desconocer», pero aprovecha el calificativo de un sustantivo bastante peyorativo («vilem... mulierculam») para inventar una nueva frase («Y a las vezes será la muger tan deshonesto y feo, que sea pena de verla»):

Cogita primum, quam remote a preceptis dei recessisti, qui, cum deberes deum ex toto corde diligere, creaturam amasti et in ea omnem team dilectionem posuisti; sic enim factus es idolorum cultor; nam, qui creaturam deo preponit, idolatra est. Negabis te idolatram esse quasi non preponas creatori creatum? Ac, si verum fateri vis, plus tuam amicam diligis quam deum. Nam que deus mandat negligis, postergas, contemnis; que vult amica, summa cum diligentia curas adimplere. Et hoc nempe est preferre mulierem deo. Heu quam magnum est malum, quam periculosum, quam detestabile, creaturam sic amare ut deum parvi-

Piensa, pues, cuánto estás apartado de los mandamientos de Dios que, como devas a Dios de todo tu corazón amar, amas la criatura, y en aquellas pones todo tu amor y delectación, haziéndote idólatra; que si quieres decir la verdad, amas más a tu amiga que a Dios, por donde no puedes negar ser idólatra, prefiriendo así tu amiga a Él, lo qual se conoce quando menosprecias lo que Dios manda y estudias cumplir lo que quiere tu amiga.

¡Ay cuán gran mal y cuán peligroso y abominable es amar de tal suerte la criatura y que no obedezcamos al Criador, el qual no quiso criarnos piedra o hierro, ni de otra na-

facias. Deus, cum esses nihil, te aliquid esse fecit, nec te lapidem nec te feram, nec te gentilem nec Iudeum sed hominem Christianum fecit, ut posses scire divina, sacrata et viam, qua itur in celum. Ipse quoque deus, cum ob culpam primi parentis tu et ceteri homines paradisum amisissetis, nasci pro te voluit, fieri homo, capi, cedi, vituperari, crucifigi, mori ac suo te precioso redimere sanguine. En, quam magna ingratitude est, iniquitas, inhumanitas, feritas, hunc, qui tanta pro te fecerit, propter vilem relinquere mulierculam; hoc satis te ceterosque Christianos movere deberet, ut obmissis amoribus illicitis deo soli servirent (136).

ción que hombres cristianos hazernos; y que pudiésemos saber los divinos sacramentos y el camino para ir al cielo! El qual asimismo como por la culpa del primer hombre perdiésemos el paraíso, quiso nacer por nosotros, y hazerse hombre y ser preso y azotado, vituperado, crucificado, muerto y por la su preciosa sangre redimirnos. ¡Y que con tanta ingratitude, iniquidad, inhumanidad y crueldad, a quien tantas cosas por nosotros hizo por una muger averlo así de desconocer! Y a las vezes será la muger tan deshonesto y fea, que sea pena de verla. Aquesto cierto devrié a todos los cristianos hazer se dexasen de tan ilícitos amores y darse a servir solamente a Dios (135-136).

En segundo lugar, adopta la terapia, muy famosa desde Lucrecio, denigratoria de la mujer, a quien imagina en la vejez, y por tanto ya muy poco apetecible, y a quien presenta sin la virtud más importante en el sexo femenino, la castidad. A diferencia de su modelo, identifica alguna de las frases que aduce, especialmente la de Proverbios 31, 30, pero en general no introduce demasiados cambios:

Pulcra tibi videtur amica tua; credisne sic semper pulcra erit? res est forma fugax, ut inquit tragedus, mulier, que hodie formosa est, cras deformis erit [...] Nihil forma mulieris est, nisi moribus adicta. Castitas est, que feminam laudat, non forma. Tu non castitatem sequeris, formam solam amas. Forma hec uti flos agri decedit; rosa mane rubet, sero languescit. Nihil formosius est virtute atque honestate. Si hanc intuereris, multo tibi formosior videretur quam tua sit amica. Etenim nec Lucifer nec Hesperus tam decorus est quam ipsa facies honestatis, quam qui relinquit propter mulierem, extima, oro, quam sit delirus et amens. Ceterum, Ipolite, te tecum non multis utar, hec, quam amas, mulier non tua sola est, sed complures eam habent. Nec ipsa te solum amat, sed alios quoque amat [...] Cogita, te esse iam in vespero, iam senem, iam morti proximum (138).

Allende desto, muy hermosa y graciosa te parece tu amiga más que todas las cosas del mundo. ¿Y tú crees que siempre ha de star así hermosa? ¿No sabes que la muger que oy es hermosa, mañana será fea; y aquella hermosura no es de algún valor, si no se ayuda con buenas costumbres? La castedad es, como dicen los poetas y aun la Sagrada Scriptura, la que haze hermosa la muger y no se figura. Tú no la castidad sino solamente la lindeza es la que amas, la qual es como una flor del campo, que a la mañana está en su perfecto color y a la tarde o se seca o se pierde. Cata que no ay cosa más hermosa que la virtud y la honestidad, la qual, si mirar pudiesses, te pareceria más hermosa que tu amiga y aun que la estrella del día, la qual quien dexa por su amiga piensa cuánto es loco y digno de escarnio. Allende desto, no eres tú solo en amar aquella muger, ni ella tal, que no quiera a otros sin ti. Piensa que eres ya viejo o muy propincuo a la muerte (136).

Antes de cerrar el párrafo sobre la mujer deshonesto, inserta una frase que leída fuera del contexto en que la ha pergeñado no tiene demasiado sentido: «y no quieras contender donde, aunque seas vencedor, quedes vencido» (136); como queda claro en el texto latino, porque está dirigido a un anciano, se refiere a la competencia con los más jóvenes y más robustos que él:

Visne cum iuvenibus contendere, vis cum robustis pugnare? Quid tibi in illo prelio queris, in quo victor succumbes? Magna res est, virus senem a iuvenibus extorquere mulierem. Sis tamen potens, ut extorqueas, quid vicisti, cum prelium huiusmodi sit, ut vincens succumbat? (138).

Al considerar reiterativas todas estas ideas, ha cortado por lo sano, pero, al no mencionar la edad de los rivales del amante, ha dejado la frase sin las referencias necesarias para hacerla inteligible. A continuación, vuelve a traducir literalmente el original latino, hasta el punto de incluir una apelación bastante impropia del público tan general al que se dirige, y sólo interrumpe la traducción para reproducir unos versos de fray Iñigo de Mendoza y para intercalar una respuesta a una pregunta retórica del original, presidida por una imagen gastronómica⁶:

Quid est, oro, mulier nisi iuventutis expilatrix, virorum rapina, senum mors, patrimonio devoratrix, honores pernicies, pabulum diaboli, ianua mortis, inferni supplementum? Cogita, Ipoñite, quot mala per mulierem obvenierint, cum Salomon, cum Holofernes, cum Samson per mulierem decepti fuerint. Non te credas sic fortem esse, ut non illudaris. Sed quanto viris illis debilior es, incautior, imprudentior, tanto te ab eo loco semove, in quo potes decipi. Nihil est mulieris amor, qui cum peccato est. Non est in muliere stabilitas, que nunc te amat, cras alium amabit et una tecum amabit. Qui tu hunc amorem extimes, qui in plures divisus est? Nulla mulier tam fixe aliquem amavit, que, veniente novo proco, novisque precibus vel muneribus non mutarit amorem (138).

¿Qué cosa es, yo te ruego, la muger, sino una despojadora de la juventud, muerte de los viejos, consumadora del patrimonio y bienes, destrucción de la honra, vianda del diablo, puerta de la muerte, hinchimiento del infierno? [...] Piensa, asimismo, cuántos males por las mugeres han venido. Cómo Salomón, Holofernes y Sansón fueron por ellas engañados. No creas ser tan fuerte que dellas no pienses poder ser burlado; pues es verdad que ay en la muger alguna firmeza, sino que agora te ama y mañana te dexa, allegándose a otro o junctamente contigo querrá bien a otros. ¿Qué piensas que es tal amor así repartido por muchos? Una hambre mayor que queda y desseo, como si de un buen guisado no alcanzasse a nadie más de untarse los dedos. Ninguna muger pudo así amar a alguno que, viniendo otro de nuevo con nuevas lisonjas y dádivas, no mudase el amor (137).

⁶ Lucena dedica la obra a su amada, pero elige como interlocutores de su discurso a unas «preclarísimas señoras», a quienes apela en diversos momentos de su obra (Miguel M. García-Bermejo, ed. cit., pág. 99).

Se aparta de su modelo para citar unos versos sobre la mutabilidad y veleidad de las mujeres que atribuye a Pere Torrellas, y además improvisa, en esa misma dirección, un símil entre ellas y la «cera blanda», pero en seguida retoma el hilo de Piccolomini, con una afirmación de raigambre aristotélica que se repite hasta la saciedad en toda la tradición misógina medieval, desde Boccaccio al «antiguo autor» de *La Celestina*, pasando por Bernat Metge. A veces deja de traducir frases enteras («De his loquor...») y otras intenta una formulación distinta de la misma idea, porque el futuro Papa escribe para un anciano a quien no augura un gran placer de alcanzar la relación sexual con la mujer, una prostituta, de la que se ha enamorado, especialmente cuando ese placer tampoco resulta demasiado provechoso y útil a los jóvenes (por eso Lucena se limita a preguntarse «Y después desto, ¿qué es el placer que ellas se recibe»):

Mulier est animal imperfectum, varium, fallax, multis morbis passionibusque subiectum, sine fide, sine timore, sine constantia, sine pietate. De his loquor mulieribus, que turpes admittunt amores. Numquam hec stabiles sunt. Nanque, ut semel a recto tramite recesserunt, iam se liberas arbitrantur, ut, quocunque velint, vagentur, nec amplius vel mariti vel amici timorem habent. Credo equidem, illam coeundi fetidam voluptatem tibi, qui iam senio exhaustus es, parum placere. Nam quid nedum tibi antiquo et arido, sed iuveni humecto illa inepta et spurcida voluptas conferre potest? Quam mox penitudo consequitur! An non magna res est ammonitio illa ac citatio sive comminatio quedam, que post peccatum e vestigio mentem hominis cruciat? Quam iniquus est homo, qui totiens ammonitus non quiescit, qui punitus non emendatur, qui correctus non efficitur melior! Quid ille actus carnalis operatur nisi carnis interitum? Utinam solam carnem interimeret et non occideret animam. At duo cum invicem coeunt, vir atque femina, quasi duo vasa testea mihi videntur, que inter se confricentur, donec rumpantur et ad nihilum redigantur (138).

La muger es animal imperfecto, variable, engañoso y a mil pasiones sujeto, sin fee, sin temor, sin constancia, sin piedad; las quales, si una vegada se desvían del camino, piensan que son libres para discurrir por dónde bien les viene; que de allí adelante ni temen amigo ni a marido. Y después desto, ¿qué es el placer que con ellas se recibe? Quando luego ombre se arrepiante, gran ammonición es aquélla; que después del pecado atormenta luego el ánima un estímulo de conocimiento de lo que ha perpetrado. Harto es luego pésimo el hombre que tantas vezes amonestado no cessa, y punido no se enmienda, y corregido no es mejor. ¿Qué es lo que obra aquel acto carnal, sino destrucción de la carne? ¡Pluguiese a Dios que sola la carne destruyesse y no matasse al ánima! ¿Y qué es otra cosa estar yuntos el hombre y la muger que bruñir un vaso de vidrio con otro hasta que se quiebren entrambos? (138).

En otro párrafo adapta la segunda persona del modelo a otra mucho más plural, y así convierte una referencia directa al deleite que un viejo como Hipólito puede hallar, no en el coito, quizá por su impotencia, sino en la contemplación y conversación de su amada en otra atingente al mismo deleite que

algunas personas, sin especificar su edad, experimentan en las dos últimas cosas, y no en la primera, aludida con el eufemismo «operación»: «Tu tamen non in coitu sed in visu sermoneque forsitan oblectaris» (138 y 140) lo traduce por «Hay algunos que, aunque no sea por la tal operación, dicen que no estarían sin gozar de verlas y hablarlas» (138). Después introduce idéntica pregunta retórica sobre la belleza física, de la que cree que siempre se puede encontrar un ejemplar mucho mejor, para pasar a discurrir sobre la divina, que la considera prioritaria e incomparable. En algunos pasajes, da la impresión de haber manejado una edición con lagunas, con un posible salto de *diminuta* a *perpetua* y la consiguiente reconversión de *hec* en *et*, y otro de *et* a *enim*, sin duda con abreviaturas muy similares (una *e* con sombrero), que explicaría la construcción «Cogita enim melius est...» («Piensa, pues, que es mejor...»). También en esa hipotética edición habría desaparecido «fetebit os»:

Quid, obsecro, in visu est tam pulcri, ut non invenias aliquid pulcrius? Pulcritudo, quam debemus querere, in celo est, cui nulla potest res mundana comparari. In illa omnis perfectio est, mundana semper diminuta sunt. Illa perpetua, hec caduca; illa fixa, hec fluxa; hanc, quam tu miraris formam, paululum quid febris eripiet aut, si morbis abfuerit, senectus non deerit, que illam teretem succi plenamque faciem rugosam crispamque reddat. Fient illa, que nunc miraris, membra decursu temporis arida, nigra, squalida, fetore ac spurcicia plena. Non oculi splendorem servabunt: fetebit os, collum incurvabitur, corpus undique sicco et arido trunco fiet simile; cogita hec et averte spem priusque fuge quam priveris. Multo enim melius est, rem contemnere, quam perdere (140).

¿Cuál es tan hermosa que no se halle otra más? La hermosura que tenemos de buscar en el cielo está, a la cual ninguna se puede comparar, porque aquella es perfecta. Ésta se disminuye y caduca; aquella firme, esta otra, mudable; o por una calentura que te lleve desta vida; y cuando no hay, queda la vejez. Que aquella tierna cara delicada y linda tomará rugosa; y aquellas partes de su cuerpo que así loas por curso de tiempo se tomarán secas, negras, hediondas y gargarientas. Y los ojos no darán aquel resplendor; el cuello se curvará y el cuerpo se tomará tan seco que parezca un tronco. Piensa, pues, que es mejor menospreciar esto que perderlo (138).

Antes de interrumpir bruscamente la traducción de la epístola de Piccolomini, Lucena vuelve a traicionarse, al emplear, al igual que su modelo, la segunda persona para recriminarle a su interlocutor, cuando al principio ha empezado dirigiéndose a unas señoras, que se deleite hablando con las mujeres en vez de deleitarse charlando con los varones sabios y honestos. Ha prescindido de algunos de los temas, absolutamente fútiles, que las mujeres suelen introducir en sus conversaciones, como el número de huevos que han puesto sus gallinas o las flores necesarias para componer una guirnalda; ha omitido las conclusiones sobre los pros y contras del amor y la presentación de la sentencia de Juvenal (*Sátiras*, VI, 181) con la que termina; ha decidido adjuntar a los ver-

bos complementos que no aparecían en el original, bien creándolos con presunciones perfectamente atestiguadas en la tradición misógina (la mujer se queja porque no recibe todo el dinero que precisa y llora para conferirle verosimilitud a la petición), bien uniendo frases («aut minatur» con «cum vicina fecerit»):

Iam vero de sermone suavi, dulci, placido et melifluis, quo te dicis oblectari, admodum miror. Quid enim sermo muliebris in se dulce habet? Quid dicit tibi amica? Nempe aut queritur aut plorat aut minatur aut tibi inanes fabellas refert. Dicit, quid cum vicina fecerit, quid somniaverit, quot ova gallina perpererit, quibus floribus sarta componantur. Omnis sermo mulieris de re vana levique est, in quo qui oblectatur et ipsum levem esse oportet. Narrat tibi nonnunquam et cum alio amatore quo pacto iacuerit, quid doni receperit, quam cenam habuerit, quibus voluptatibus fuerit usa. Que res non gaudium tibi sed cruciatum afferunt. Sed accipe, que velis gaudia in sermone amice, erisne tam amens rationisque inops, ut non magis in alicuius docti viri verbis sermonibusque leteris? Resume omnia simul, que in amore sunt gaudia rursusque tedia; multa ista, pauca illa reperies veramque illius sententiam dices, qui parum mellis in multo felle mersum inquit amorem esse (140).

Y en lo que dices que te adeleitas en oír tan suave y tan dulcemente hablar a tu amiga, mucho me maravillo que en lo que la muger hable aya dulçor. ¿Qué te puede decir tu amiga sino quejarse como no le das quanto tienes, o llorar porque no dubdes en ello, o amenazar alguna su vecina, o lo que soñó, o semejantes otras liviandades, en lo qual quien se adeleita puede ser sino vano? Dirate después lo que ha pasado con algún otro su enamorado, qué servicios le hizo, qué cena le dio, qué plazeress passaron y qué hablaron, lo qual es a ti a par de muerte. ¿No es mejor, quando te quisieress adeleitar en hablar, comunicar con ombres doctos y de buena vida? Que el amor dellas no es sino un bocado de yel dorado con un poco de miel (138-139)

Cuando podría parecer que Lucena había abandonado definitivamente la traslación del texto de Piccolomini, resulta que para cerrar el suyo, antes de «La conclusión», decide volver a retomarlo. No insiste en la misma medida que su modelo en la idea de que el amor mundano es una enfermedad, pero sugiere idénticas fórmulas para zafarse de él, y se permite alguna ironía de su propia cosecha, al apostillar, a propósito de los regalos recibidos de la amada, «que tarde contesce»; se reserva el cambio más importante para el final, cuando pronostica a su interlocutor, como resultado de haber seguido sus métodos y preceptos, la liberación de las ataduras amorosas (en la obra latina se habla de la transformación en otro hombre):

Cum ergo, Ipolite, totus amor, de quo loquimur, vanus, asper, amarus, damnosusque sit et hominem morbo gravissimo teneat, curandum est, ut ab eo libereris. Cura autem ea

Assí que, como el amor de que hablamos sea vano, áspero y amargo y haga estar al hombre siempre enfermo, trabaja en te apartar dél, pensando siempre en el defecto de seme-

est, ut menti tue persuadeas, malum esse amorem. Post hec declines amice sermonem, otium fugias, in negotio semper sis, viros bonos, qui te instruant, sequaris, nulli ludo, nulli convivio intersis. Si quid largita est amica, abs te abicias. Nihil penes te sit, quod illius fuerit, puta illam esse nuntium diaboli, qui te perdere velit. Sint in memoria Christi beneficia, que tibi impendit. Cogita, quot beneficenti premia in celestibus sedibus et quot malefacienti supplicia apud inferos preparata sunt. Cogita, dies tuos assidue fierie breviores instareque semper ultimum. Cogita, quia irrisui est, qui amat et presertim vir evo maturus, cogita instabilem mulieris animum, cogita perditionem temporis, quo nihil est preciosius, cogita dissipationem bonorum, cogita vitam, quam vivimus brevissimam in hoc seculo, quamvis voluptatibus sit dedita et in alio mundo, quem inquirimus, nullum esse vite finem. Hec si tecum sedulo cogitaveris preceptaque ista temeris, amorem, quo cruciaris a te brevi tempore relegabis virumque alium te prestabis (140-142).

jantes mugeres, huyendo de razonar con muger y de estar ocioso, allegándote a personas cuya vida haga mejor la tuya.

Huye asimismo todo plazer y convites; y si alguna cosa te ha dado tu amiga, que tarde contesce, todo lo desecha de ti; y piensa que es alguna espía del diablo que anda por te echar a perder. Recuérdate siempre de los beneficios que Christo, nuestro Redemptor, te hizo. Piensa que para los que bien hizieren en esta vida están aparejadas las sillas de la gloria y para los que mal hizieren las penas sin fin. Mira que de cada día se abrevia tu vida y cómo, sabiéndolo, todos se burlan de ti, mayormente si eres viejo. Contempla la poca firmeza dellas y verás la perdición del tiempo, que no hay cosa tan preciosa, y cómo destruyes y gastas lo tuyo. Para mientes quán brevísima es la vida que vivimos, aunque el tiempo gastemos en muchos plazerres, y cómo en el otro mundo que buscamos no se halla jamás fin.

Assí que, si aquestas cosas con diligencia pensares y estos preceptos no olvidares, apartarás muy fácilmente de ti el amor, si alguno te pena; y será libre y señor de ti mismo, que es el mayor bien que en este mundo puedes tener (148-149).

Lucena, pues, en momentos diferentes de su obra, pero dentro del apartado dedicado a los «remedios de amor», ha traducido íntegramente la epístola de Piccolomini: no lo hace siempre de la misma manera, aunque deja las pistas suficientes para que podamos reconocer su presencia con una simple ojeada. La *Repetición de amores* se presenta *grosso modo*, y a veces no tan *grosso modo*, como una adaptación de las dos obras más importantes del futuro Papa Pío II: la *Historia de duobus amantibus* y los *Remedia amoris*; dos obras que muy a menudo llegaron a imprimirse juntas, en un mismo volumen, y que, además, se tradujeron al castellano, por más que no se haya conservado la segunda⁷: Juan de Lucena posiblemente trabajó sobre una de las muchas ediciones de los textos en latín, y quizá por fechas no pudo tener acceso a la versión

⁷ Sólo se ha conservado un incunable de la versión castellana, pero no trae ninguna fecha, aunque suele identificarse con el que describe Fernando Colón en su *Registrum* y del que hace constar que se imprimió en Salamanca el 18 de octubre de 1496. En esa edición se anuncia en el título no sólo la *Estoria muy verdadera de dos amantes*, sino también *Su tratado muy provechoso de remedios contra el amor* (véase la «Nota preliminar» de Ines Ravasini, en Pedro M. Cátedra, coord., *Tratados de amor...*, pág. 163).

en nuestra lengua⁸. Para la *reprobatio amoris*, a diferencia del «antiguo autor» de *La Celestina*, con quien demuestra compartir aficiones e intereses, llegó a inspirarse en la tradición menos agresiva de la literatura antifeminista, a pesar del uso, muy parcial, que hizo de la sátira VI de Juvenal, y se apropió, hasta el punto de infringir adrede los derechos de la propiedad intelectual, de una serie de textos a los que quería dar cierta notoriedad para su propósito paródico y burlesco.

⁸ A partir de un estudio de las ediciones de la *Historia* y de la versión castellana ya se puede llegar a la conclusión de que Lucena tradujo el texto por sí mismo. A propósito de la descripción de la amada, afirma que la suya, con sus ricas ropas, superaba a Elena: «La qual estava así mesmo de vestiduras tan apuesta, que Elena no estava tan linda en el convite que a Paris Menelao su marido le hizo» (105); en la versión castellana de la *Historia* se lee: «No creo la reina Elena aver salido más galana quando en lugar de Menelao a Paris recibió» (Ines Ravasini, ed. cit., pág. 171). Los dos autores castellanos se imaginan a Elena en situaciones completamente distintas, y eso se explica por la discrepancia del texto latino en ese pasaje: unas ediciones, en las que se basó Lucena, traen «Non Helenem pulchriorem fuisse credirem, quo die Pariden in convivium Menealus excepit» (Maria Luisa Doglio, ed. cit., pág. 30), otras, sobre las que tradujo el anónimo castellano, reproducen «Non Helenam pulchriorem fuisse crediderim, quo die Paridem in connubium Menelaus accepit» (Roma, s. f., s. p.).